

EL ÁGUILA, LAS ÁGUILAS:
EL ARCHIVO Y LA BIBLIOTECA
DE MADRID EN LA ANTIGUA
FÁBRICA DE CERVEZAS

El archivo y la biblioteca regional de Madrid, realizados por Mansilla y Tuñón en la antigua fábrica de cervezas "El Aguila", tiene la intensidad de lo denso; esto es, de lo que no deja apenas espacio libre, al menos al modo más usual; y, también, a lo que se dispone más como un almacenamiento elemental que como una articulación propiamente arquitectónica. Conducidos por la antigua fábrica, los proyectistas han respetado la condición del conjunto como suma de grandes artefactos paralelos, almacenados uno junto al otro, *estibados* más que compuestos, y acentuando de este modo su condición de objetos, de individuos. Sólo el pabellón trasero del archivo, al constituir una L con el principal, insinúa las convenciones arquitectónicas y urbanas que en la mayoría de los restantes lugares de la ciudad se cumplen sin dudas ni licencias.

Esta condición de almacenamiento de objetos, de *bodegón* –creo recordar haber oído a los autores–, es tan acentuada que los convierte, casi, en personajes. Personajes que pertenecen a la fábrica antigua, como si se hubiera buscado representarlos, y a despecho de la condición abstracta, maquinista, que esperamos en los edificios fabriles. Una arquitectura romántica, intensamente apoyada en las posibilidades del ladrillo y en el uso de elementos tradicionales contrarrestó la frialdad fabril y la elemental colocación en el terreno concibiendo caracteres y figuras, como si fuera el funcionalismo de la fábrica el que los provocara. Pero la diversidad de los edificios originales queda a su vez unificada y combatida por el ladrillo, insistente material que todo lo vela y confunde.

Los edificios nuevos, además de disponerse también de forma *no-compuesta*, como almacenamiento, recogen asimismo aquellas otras características de los edificios antiguos que igualmente hemos observado, siendo así el modo en que han decidido respetarlos, aunque sin que sepamos del todo cuanto esto es premeditado o cuanto corresponde simplemente a la lógica de las operaciones proyectuales.

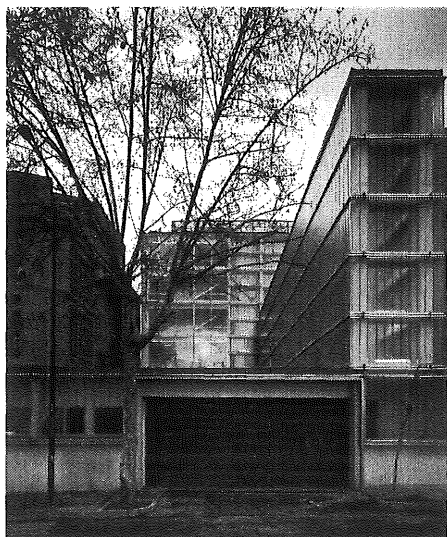
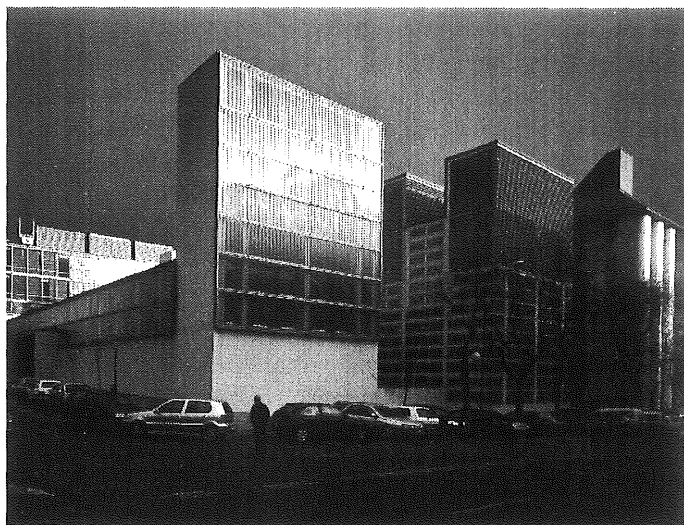
Pues el estilo no se imita; éste cambia por completo. Aunque más por como ahora se sienten las cosas –interesa poco lo contextual, llega a despreciarse– que por pensar en que conviene diferenciar los estilos para diferenciar las épocas. Pero, más allá de los estilos, sí es cierto que se sigue la idea de individualidad de los objetos y la uniformidad de materiales que permite unificar el conjunto sin renunciar a la diversidad que la personificación significa.

Así, un vocabulario racionalista, elegante y escueto, y que se diría tan propio como universal, dibuja distintas siluetas, diversos personajes, que el estilo logra caracterizar sin renunciar a la abstracción que tiene como propia. Y éste se vuelve tan intenso y tan unitario como el de la romántica fábrica de ladrillo, contrarrestando su propia insistencia, su relativa aridez. Ladrillo y metalistería vidriada componen así un conjunto nuevo, más equilibrado, alternándose unos y otros volúmenes según el azar que ha correspondido a conservaciones o sustituciones.

La ordenación general del conjunto a través de los tres edificios presenta particularidades y matices de interés al haber logrado con ellas valorar de modo tan diferente como adecuado la, en principio, idéntica condición de los distintos lados de la manzana; si bien con ello el proyecto parece, quizá, que no ha hecho otra cosa que confirmar y acentuar las condiciones que ya lo antiguo tenía.

Así el frente de la entrada principal, quebrado, presenta su condición de tal mediante volúmenes discontinuos, haciendo las veces de filtro, y dejando un amplio espacio libre al que se asoman, firmes e insistentes, las grandes cabezas de los paralelos pabellones, todos ellos enseñando a este antiguo y consolidado frente su cara más tradicional. Este espacio libre da paso a las dos largas y estrechas calles, dejando en el medio al gran pabellón que privilegiadamente ocupa lo que en otros casos hubiera sido patio de manzana. Esta naturaleza de calle, en vez de patio; de calle extraña, atractiva, ferroviaria, caracteriza en gran modo el lugar todo. Las calles pasan así a ser cinco, las cuatro exteriores y la interior.

A la derecha del frente, los edificios de ingresos y de depósitos ciñen la calle al modo convencional y cerrado que niega la visión y la comprensión del interior reduciendo los volúmenes a la condición de fachadas. Y es precisamente en ella donde el depósito presenta su cerramiento más radical, simple y continuo, de elementos metálicos y piezas vidriadas y traslúcidas. El pabellón trasero del archivo, el único que con el grande concede el rito de doblar la esquina, constituye también un frente cerrado, propiamente trasero, aquel que contiene la expansión de los demás bloques paralelos ofreciéndoles freno, y que con su gesto de doblar la dirección perpendicular y excepcional, sólo en este caso buscada, provoca la aparición de otro importante doblez, el de la calle



interior, que quiebra igualmente y se asoma a la calle externa de la izquierda respecto del frente principal, originando otro acceso, atractivamente resuelto como un patio. Esto es, como si no quisiera quitársele a la calle interior su condición jerárquica, su naturaleza única.

Y es esta entrada la que acentúa como a esta otra calle, la más ancha e importante, se ofrece una disposición distinta, más abierta, y absolutamente caracterizada por la individualidad moderna y antigua de los distintos pabellones. Es aquí donde se podría hablar de *bodegón*, donde el conjunto ofrece su más fuerte, atractiva y pintoresca imagen. Donde los pabellones, firmes como soldados en formación, aunque sin uniformar como aquellos, se enseñan en un escaparate en que la diversidad de estilos, y de matices dentro de ellos, se manifiesta con meridiana claridad.

En cuanto a la disposición, tan sólo anotar la inexistencia del *espacio*, entendido éste como un valor plástico, y en contra de la tradición habitual de las bibliotecas modernas. Se da el caso de que el edificio más importante de los de nueva planta es el del depósito del archivo; y este es, por su propia índole, frío como un esquema: el depósito repite sus almacenes en horizontal y en vertical, y hasta su fachada, ya aludida, muestra elocuentemente dicho esquematismo. En la biblioteca, al situarse mayoritariamente en pabellones existentes, las salas de lectura se producen por estratos iguales, indiferentes al valor del espacio, y en las que los *diábolos* de las columnas, con su fuerte expresividad, parecen salir al paso de esta parquedad figurativa, también contrarrestada por el vestíbulo, donde la idea del espacio moderno se homenajea con sencilla figuración, pero con cuatro alturas.

No se crea, sin embargo, que el racionalismo, el esquematismo, la sencillez, la frialdad y el gusto por la repetición, características todas ellas del conjunto, significan faltas estéticas, o desprecios por lo figurativo. Todo lo contrario: en el extremo racionalismo de la obra se anida también la ambición de una extrema elegancia, dura y ascética, quizá, forzadamente contenida, acaso, pero tan cierta como buscada. Emparentada con una tradición madrileña, teñida simultáneamente de idealismo y de realismo, y que tiene su más clara y tópica referencia en Alejandro de la Sota, pero que pasa por muchas más gentes importantes; Moneo, por ejemplo, por citar el maestro de los arquitectos.

Esta estética, nada tibia, es parca, pero también variada. Nótese, si no, como los rasgos racionalistas son capaces de dibujar distintas caras, distintos personajes, obteniendo una más que notable variedad dentro de los límites del ya tradicional y aquí radical estilo.

Faltaría aludir, ya en lo historiográfico, a la presencia en Madrid –es decir, en su propia ciudad– de la arquitectura de Mansilla y Tuñón, no del todo nueva, en realidad, pues ya habían intervenido a través de su colaboración con Moneo –Estación de Atocha, Museo Thyssen–, pero sí en lo que hace a su responsabilidad plena y directa. Empezaron por Zamora; siguieron por San Fernando de Henares, luego por Castellón, y por León. Hoy ya en la capital, en la ciudad en que viven. Es posible augurar un buen futuro a la arquitectura de Madrid en las primeras décadas del milenio, y es muy probable que en buena medida pueda deberse a la actuación de estos arquitectos. De estas águilas.

(Publicado en la revista *Casabella*, Milan, N° 712, junio de 2003).

